

Fe testimoniada, carismas y sociedad¹

El aporte del magisterio a la espiritualidad del hombre contemporáneo

Ignacio Amorós Rodríguez-Fraile²

Resumen

El presente artículo, escrito con motivo del 60º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, tiene el propósito de ofrecer una descripción de la sociedad secularizada del mundo de hoy, analizando algunas propuestas evangelizadoras actuales para testimoniar la fe, a la luz de las enseñanzas conciliares. Destacamos la importancia del Espíritu Santo, con sus dones y carismas, para transmitir la fe en la actualidad, estableciendo el fundamento de la tarea evangelizadora de cada cristiano en el bautismo, al recibir la participación del Espíritu Santo, especialmente del ministerio profético. Nos detenemos a describir la relación entre los dones jerárquicos y los dones carismáticos, coesenciales en la Iglesia, ambos necesarios para la misión de testimoniar la fe en la sociedad secularizada. Continuamos señalando algunas formas de nueva evangelización en la Iglesia que contribuyen eficazmente a anunciar el Evangelio en la actualidad, refiriendo algunos

1 Conferencia pronunciada el 12 de octubre de 2022 en la Facultad de Teología del Uruguay “Mons. Mariano Soler”, Montevideo, con motivo de la Semana Teológica.

2 El autor es Doctor en Teología Sistemática: Moral y Espiritual por la Universidad de Navarra. Licenciado en Administración y Dirección de Empresas por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es profesor de la Facultad de Teología del Uruguay y en la Universidad Católica del Uruguay. ignacioammosr@gmail.com

critérios de discernimiento, y enumerando algunas pautas que poseen en común y algunos retos que afrontar en el futuro. Por otro lado, analizamos el interés de la sociedad actual secularizada por las nuevas espiritualidades provenientes de Oriente (*New Age*), valorando positivamente la existencia de “semillas del Verbo” en estas realidades, pero, a su vez, ofreciendo algunas claves de discernimiento para juzgar sobre su autenticidad y su validez a la hora de incorporar estos métodos a la oración cristiana y al ejercicio del testimonio de la fe.

Introducción

En primer lugar quiero saludar a las autoridades de esta facultad de teología “Mariano Soler”; a su gran canciller, el cardenal Daniel Sturla; a su presidente, el padre Ricardo Ramos; al padre Gabriel González Merlano, director del departamento de investigación de la facultad y de la *Revista Soleriana*, y organizador de esta semana teológica que pretende renovar y actualizar las ciencias sagradas en el Uruguay. Asimismo, agradezco la presencia de todos los asistentes a esta disertación.

La Divina Providencia ha hecho coincidir esta semana teológica con una gran efeméride, puesto que ayer se celebró el 60 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, que tuvo su inicio el 11 de octubre de 1962. Este Concilio, sin lugar a duda, significativo, quizás polémico, pero en todo caso, una gran luz para la Iglesia, pretendió un *aggiornamento* de la vida eclesial con un claro deseo evangelizador. En este marco conciliar amplio voy a procurar encuadrar mi exposición.

En la tarde de ayer, martes 11 de octubre, el Papa Francisco presidió la Santa Misa en la Basílica de San Pedro, en la memoria litúrgica de San Juan XXIII y, en su homilía, el Romano Pontífice presentó tres miradas que enseña el Concilio a la Iglesia: «la mirada de lo alto, la mirada en el medio, la mirada de conjunto»³. El Santo Padre nos exhortó a todos los fieles a que «redescubramos el Concilio para volver a dar la primacía a Dios, a lo esencial, a una Iglesia que esté loca de amor por su Señor y por todos los hombres que Él ama, a una Iglesia que sea rica de Jesús y pobre de medios, a una Iglesia que sea libre y liberadora»⁴. Y continuaba invitando a que «volvamos a las límpidas fuentes de amor del Concilio. Reencon-

3 Francisco, *Homilía*, del 11 de octubre de 2022, con motivo del 60 aniversario de la apertura del Concilio Ecu­ménico Vaticano II.

4 Francisco, *Homilía*, del 11 de octubre de 2022.

tremos la pasión del Concilio y renovemos la pasión por el Concilio»⁵. De esta forma, quiero tomar en consideración estas palabras del Santo Padre y comenzar esta exposición redescubriendo la riqueza del Concilio Vaticano II como un impulso para transmitir la fe en una sociedad secularizada.

Todos los días comprobamos la realidad actual de la sociedad secularizada en la que vivimos, especialmente en Uruguay, y el reto que supone testimoniar y transmitir la fe. La sociedad actual secularizada, en gran medida heredera del postmodernismo, tiene algunas características particulares como pueden ser: el relativismo imperante, el materialismo, un individualismo con tintes de narcisismo y, sobre todo, el olvido de Dios. En palabras de Benedicto XVI, se ha producido como un «eclipse de Dios»⁶. Raniero Cantalamessa se ha referido a esta realidad como «un caso de la idea de eternidad»⁷. Aun así, nos encontramos con una sociedad que tiene sed de Dios, que busca “algo” que pueda satisfacer su deseo de felicidad. Como aparece al comienzo del Catecismo de la Iglesia Católica: «El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar» (CEC 27). Ese deseo de Dios presente en el corazón de los hombres, esas ansias de transcendencia y de más allá, ese anhelo de un amor verdadero y perpetuo, pueden ser el camino para conducir al hombre de la sociedad secularizada al encuentro con Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador del mundo.

1. El protagonismo del Espíritu Santo (Concilio Vaticano II)

La presente exposición tiene la intención de analizar el tema de la fe testimoniada, los carismas y la sociedad. Por eso, no voy a entrar a analizar los elementos de la sociedad secularizada en la que vivimos, ni la realidad de una sociedad plural con la que interactuamos. Esto se ha tratado anteriormente.

En esta exposición voy a tratar de ofrecer algunas ideas o sugerencias que puedan ayudar a recordar el papel fundamental del Espíritu Santo para testimoniar la fe en el mundo de hoy, especialmente a través de sus carismas. En con-

5 Francisco, *Homilía*, del 11 de octubre de 2022.

6 Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid 2011*, 6 de agosto de 2010.

7 Raniero Cantalamessa, *Como la estela de una nave, Horizontes para una nueva evangelización* (Madrid: Palabra, 2012), 51. Este libro reúne las meditaciones predicadas en la Casa Pontificia, en presencia de Benedicto XVI, en el tiempo de Adviento de 2010 y 2011.

creto, voy a traer a colación algunas manifestaciones actuales de nuevos carismas de evangelización en la Iglesia que están sirviendo satisfactoriamente a la nueva evangelización, es decir, a testimoniar la fe en esta sociedad nuestra en la que vivimos.

Siguiendo con lo afirmado en la introducción de esta exposición, quiero enmarcar esta disertación dentro de una perspectiva trinitaria y eclesial más amplia.

Hace más de 60 años, el Santo Padre, san Juan XXIII, cuya memoria celebráramos ayer, sorprendió a la Iglesia con el anuncio de un Concilio ecuménico como camino para un «nuevo Pentecostés»⁸. En su *Carta Apostólica Oecumenicum Concilium* vaticinaba con el Concilio Vaticano II “un nuevo Pentecostés” para la Iglesia. El Papa bueno, como es conocido coloquialmente, deseaba para la Iglesia, reunida en el Concilio, la presencia y la acción del Espíritu Santo como animador permanente y supremo organizador de la Iglesia, continuando con el Magisterio anterior, desde el Concilio de Jerusalén (Hch 15,28), hasta la *Encíclica Divinum illud munus* de León XIII⁹.

El Espíritu Santo, con sus dones y con sus frutos (cf. Gal 5, 22-23), debe ser, por tanto, el alma y el motor de la evangelización; el que suscite un “nuevo Pentecostés” en la Iglesia. El Paráclito es el que nos capacita y fortalece para la misión, el que nos hace capaces de dar testimonio de la fe en medio del mundo.

Todos los cristianos estamos llamados, desde nuestro bautismo, a dar testimonio de nuestra fe; a llevar a todo el mundo la Buena Nueva del Evangelio. El día en el que recibimos el «baño de regeneración» (CEC 1215), como aparece en el vocabulario patrístico¹⁰, nos convertimos en hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina. En particular, la unción del santo crisma con el que nos ungieron en el día de nuestro bautismo, significa el don del Espíritu Santo y manifiesta que el cristiano ha llegado a ser “ungido” sacerdote, profeta y rey (cf. CEC 1241). Me estoy refiriendo a los *tria munera* que todo bautizado ha recibido de su configuración con Cristo, y que llega a su maduración y plenitud en el Sacramento de la Confirmación. Así como Cristo rezaba, predicaba y servía con amor, nosotros nos configuramos con él como sacerdotes, profetas y reyes.

Me quería detener brevemente a considerar esta *realidad profética que todo bautizado* posee desde su bautismo, como don particular del Espíritu Santo, y

8 Juan XXIII, *Carta Apostólica Oecumenicum Concilium*, (Roma: 1962).

9 Cf. León XIII, *Carta Encíclica Divinum Illud Munus* (Roma: 1897).

10 Cf. Cipriano de Cartago, *A Donato*, 3-4. Traducido por Juan Antonio Gil Tamayo. *Obras completas de san Cipriano de Cartago I*, (Madrid: BAC, 2013), 234.

que lo capacita para testimoniar la fe. Nuestro bautismo y nuestra configuración como profetas es el primer don del Espíritu para testimoniar la fe y sustentar los demás carismas. Como enseña el Concilio Vaticano II, en su *Constitución Dogmática Lumen Gentium*, somos ungidos como profetas para ser testigos de Dios, para ser capaces de hablar de Dios y anunciar la verdad divina. Somos profetas para dar a conocer el amor de Dios, primero con nuestro testimonio de vida y, después, hablando de Dios sin temor, especialmente en medio del mundo. La unción con el santo crisma nos constituye en testigos y nos dota del sentido de la fe (*sensus fidei*) y de la gracia de la palabra (cf. Hch 2, 17-18; Ap 19, 10) para que la virtud del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social. Así, la religión cristiana puede penetrar toda la organización de la vida y de la sociedad, también en una sociedad secularizada (cf. LG 35).

Es decir, el fundamento del testimonio de fe de todo cristiano, se sitúa en el bautismo, como el mayor don o carisma del Espíritu Santo hacia el hombre y que lo capacita para tener vida sobrenatural y anunciar el Evangelio en medio del mundo. A partir de este don primordial del Espíritu Santo, que es el bautismo recibido en la Iglesia, se desarrollan todos los demás dones y carismas del Espíritu Santo, para edificar al pueblo de Dios y fortalecer la misión evangelizadora de cada cristiano. Esta participación del Espíritu Santo en la vida del cristiano se expresa de esta forma en *Lumen Gentium*: «(Cristo) nos concedió participar de su Espíritu quien siendo uno solo en la Cabeza y en los miembros, de tal modo vivifica todo el cuerpo, lo une y lo mueve, que su oficio pudo ser comparado por los Santos Padres con la función que ejerce el principio de vida o el alma en el cuerpo humano» (LG 35).

Este testimonio de fe en medio de la sociedad aparece de forma sugerente en la *Carta a Diogneto* de la época de los Padre Apostólicos: «Los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo». Aquí encontramos una referencia a la fe testimoniada, a los carismas, en la sociedad del siglo II.

El Concilio reconoce una acción peculiar del Espíritu Santo y de sus carismas en la Iglesia, por lo que podemos considerar que, con la *Constitución Dogmática Lumen Gentium*, la eclesiología entró de manera definitiva en una fase claramente pneumatológica. Este aspecto nos parece de enorme interés a la hora de estudiar la acción del Espíritu Santo y sus carismas a la hora de testimoniar la fe en medio de un mundo secularizado.

La vuelta a las fuentes, auspiciada y propiciada por los distintos “movimientos” eclesiales, no pudo por menos de redescubrir la dimensión carismática de la Iglesia primitiva en paralelo con el redescubrimiento de la Iglesia como misterio

de comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo¹¹. Es conocida, por las actas del Concilio, la intervención del cardenal Suenens, en la que solicitaba que apareciera en los textos conciliares la dimensión carismática de la Iglesia¹². El prelado belga, que tanto se preocupó de recordar la presencia del Espíritu Santo como aliento vital para la Iglesia, insistió en la importancia de exponer de forma conjunta la dimensión jerárquica y ministerial de la Iglesia con la dimensión carismática de la misma. De esta forma, se llegó al siguiente texto conciliar en el párrafo 12 de la *Lumen Gentium*, que alimentándose fundamentalmente del capítulo 12 de la primera carta a los Corintios, afirma:

Además, el mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (1 Co 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y mayor edificación de la Iglesia, según aquellas palabras: “A cada uno...se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad” (1 Co 12,7) (LG 12).

Igualmente, unos párrafos antes establece que: «El Espíritu habita en la Iglesia y (...) la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4,11-12; 1 Co 12,4; Ga 5,22). Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo» (LG 4).

Además, la doctrina de los carismas está igualmente presente en el resto de la enseñanza conciliar. En *Gaudium et Spes* se afirma que «los dones del Espíritu son diversos: si a unos llama a dar, con el anhelo de la morada celeste, testimonio manifiesto y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres...» (GS 38,1).

La interpretación del Concilio, especialmente de *Lumen Gentium*, no ha sido unánime. Por eso, nos parece necesario recordar el discurso pronunciado por Benedicto XVI a la Curia romana, el 22 de diciembre de 2005, en el que distingue

11 Xabier Pikaza y Nereo Silanés (eds), *Los carismas en la Iglesia, Presencia del Espíritu Santo en la historia*, (Salamanca: Secretariado Trinitario, 1998), 9-30.

12 Pontificia Commissionis Centralis Preparatoria Concilii Oecumenici Vaticani II, *Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II Apparando*, Series II-III (Praeparatoria), Typis Polyglottis Vaticanis, Città del Vaticano, vols. I-III, 1964-1969; Archivi Concilii Vaticani II, vol. IV, 1988-1995, 175.

la «hermenéutica de la discontinuidad y la ruptura», frente a «la hermenéutica de la reforma y de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia que el Señor nos ha dado, que es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo»¹³. De igual forma, el Papa Francisco, en *Lumen fidei* n. 6, propone que el horizonte del Concilio Vaticano II ha sido la renovación de la fe con vistas a la misión de la Iglesia (cf. LF 6).

He querido traer a colación estos textos conciliares para recordar que el testimonio de la fe en una sociedad secularizada se debe fundamentar en el poder y en la acción del Espíritu Santo, que nos capacita para ser testigos y que nos enriquece con numerosos carismas que renuevan constantemente a la Iglesia para poder anunciar convenientemente la Buena Nueva del Evangelio de Cristo. Es decir, es el Paráclito, el Consolador, el Espíritu de Jesús, el que nos da la capacidad de testimoniar la fe (bautismo y confirmación), y el que nos ilumina para discernir los signos de los tiempos y para encontrar nuevas formas de evangelización. Los dones sacramentales y ministeriales son el fundamento donde pueden desarrollarse los dones carismáticos; y los dones carismáticos enriquecen y renuevan los dones ministeriales, complementándose ambos perfectamente, ya que provienen y son participación de un mismo Espíritu.

2. Dones jerárquicos y dones carismáticos (*Iuvenescit Ecclesiae*)

A la hora de buscar una forma de transmitir la fe en el mundo de hoy, como hemos dicho, en una sociedad secularizada, materialista, relativista y que se ha olvidado de Dios, necesitamos del Espíritu Santo, como fundamento que capacita el testimonio y como realidad carismática que empuja con renovada originalidad la misión evangelizadora de la Iglesia.

Como afirma el teólogo italiano Mons. Bruno Forte: «La transmisión de la fe brota, por consiguiente, de la sobreabundancia de la existencia transformada por el Espíritu, vivida en los lugares y en los ambientes más diversos por una especie de irradiación del don de Dios, que llega a impregnar la sociedad en que se está inmerso»¹⁴.

En este sentido, me parece de enorme interés traer a colación la Carta de la Congregación de la Doctrina de la Fe, *Iuvenescit Ecclesiae*, del año 2016, en la que se expone cómo la Iglesia se renueva y rejuvenece continuamente para su misión

13 Benedicto XVI, *Discurso a la curia romana*, 22 de diciembre de 2005.

14 Bruno Forte, *La transmisión de la fe*, (Cantabria: Sal Terrae, 2014), 21.

con la acción del Espíritu Santo, especialmente a través de sus dones jerárquicos y carismáticos¹⁵. *Iuvenescit Ecclesiae* es un trabajo, iniciado en el año 2000, que pretende recoger una síntesis del Magisterio al respecto y recordar los elementos teológicos para comprender las nuevas realidades eclesiales.

Aunque nos falta una definición exacta del término “carisma”, podríamos afirmar, en una perspectiva evangelizadora, que los carismas son dones del Espíritu Santo que rejuvenecen constantemente a su Iglesia con vitalidad siempre nueva, ya que el Espíritu sopla como quiere (cf. Jn 3, 8) y responden a la urgencia de comunicar con eficacia el Evangelio. De ahí, la importancia de reconocer y apreciar los nuevos carismas, situándolos en un horizonte misionero, como enseñó el papa Francisco en *Evangelii Gaudium* (cf. EG 14), para vivificar la vida cristiana. El hecho del nacimiento de nuevas realidades eclesiales y carismas indispensables para la evangelización, necesitan a su vez de discernimiento y ordenación eclesial. Es ahí, dónde aparece el carisma jerárquico que tiene la capacidad y la autoridad de discernir su autenticidad y ordenar su desarrollo en la misma Iglesia. En este sentido, merece la pena recordar dos ideas fundamentales del Magisterio sobre este tema:

Primero, la coesencialidad. Es decir, los dones jerárquicos y carismáticos son coesenciales en la Iglesia¹⁶. No existe contraposición entre la dimensión institucional (ministerial, sacramental) y la dimensión carismática en la Iglesia. Tienen el mismo origen y el mismo propósito: ambos son dones del Espíritu Santo (cf. LG 4).

Segundo, el discernimiento de su autenticidad. Se refiere al reconocimiento de estos carismas por parte de la autoridad eclesial. Significa ser consciente de la espontaneidad real de los carismas suscitados por el Espíritu Santo, valorándolos de acuerdo con la “regula fidei”, en vistas a la edificación de la Iglesia. En este sentido, es necesario afirmar la subordinación de los dones carismáticos a los dones jerárquicos, que constituyen la clave de discernimiento de los carismas¹⁷.

Para realizar un debido discernimiento de los carismas que nos ayudan a rejuvenecer la Iglesia y a evangelizar, la *Carta Iuvenescit Ecclesiae* enumera algunos criterios para dicho discernimiento que pueden ser de enorme utilidad para, estando abierto a las nuevas realidades y a los nuevos carismas, (porque no que-

15 Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta Iuvenescit Ecclesia*, sobre la relación entre los dones jerárquicos y carismáticos para la vida y misión de la Iglesia, 15 de mayo de 2016.

16 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta Iuvenescit Ecclesia*, 10-11.

17 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta Iuvenescit Ecclesia*, 17.

remos “enjaular” al Espíritu Santo), discernir su autenticidad y ordenarlos convenientemente en la vida de la Iglesia.

Los criterios de discernimiento que enseña *Iuvenescit Ecclesiae* los señalo a continuación de forma simplemente indicativa¹⁸:

- 1) El primado de la vocación de todo cristiano a la santidad.
- 2) El compromiso con la difusión misionera del Evangelio.
- 3) La confesión de la fe católica.
- 4) El testimonio de una comunión activa con toda la Iglesia.
- 5) El respeto y el reconocimiento de la complementariedad mutua de los otros componentes en la Iglesia carismática.
- 6) La aceptación de los momentos de prueba en el discernimiento de los carismas.
- 7) La presencia de frutos y dones espirituales como la caridad, la alegría, la humanidad y la paz, y todos aquellos que aparecen en Gálatas 5, 22-23.
- 8) La dimensión social de la evangelización.

De esta forma, podemos comprobar que no existe oposición entre la libertad de carismas del Espíritu y la estructura fundamental jerárquica de la Iglesia, porque el mismo Espíritu que edifica ministerial y jerárquicamente a la Iglesia, es el que la renueva constantemente con sus dones carismáticos.

En contraposición, es conocida la postura de algunos autores como Ernst Käsemann, que fue teólogo luterano alemán y profesor de Nuevo Testamento en Maguncia, Gotinga y Tubinga, que sostenía que existía un contraste entre la eclesiología paulina de los carismas (precatolicismo) y la de Hechos centrada en la autoridad de los ministros ordenados (protocatolicismo)¹⁹.

Frente a esta postura, podemos contestar con el Magisterio de la Iglesia, que se establece una visión unitaria de los dones jerárquicos y dones carismáticos para la renovación y edificación de la Iglesia, porque poseen el mismo origen que es el Espíritu Santo, y ambos son dones que enriquecen a la Iglesia. Como hemos apuntado anteriormente, se da una coesencialidad de la dimensión institucional y carismática. Como afirmó Juan Pablo II en 1998: «En la Iglesia no existe contraste u oposición entre la dimensión institucional y la carismática. Ambas

18 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia*, 18.

19 Cf. Ernst Kasemann, *Ensayos exegéticos*, (Salamanca: Sígueme, 1998), 279ss.

dimensiones son coesenciales a la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús»²⁰.

Por tanto, debemos superar las perspectivas insuficientes de oposición entre institución y carisma (sociológica,) y de separación de lo cristológico (lo institucional) y lo pneumatológico (lo carismático). El Espíritu, para asegurar indefectiblemente la contemporaneidad del acontecimiento de Cristo en la historia de los hombres, constituye la Iglesia en su doble dimensión:

- La dimensión institucional (dones jerárquicos), que se refiere a la profesión de la fe, los sacramentos y el ministerio jerárquico, los cuales aseguran indefectiblemente el ofrecimiento de la gracia a los hombres.
- La dimensión carismática, que se refiere a los dones carismáticos que edifican a la Iglesia y llevan a cabo su misión en el mundo.

La coesencialidad de los dones jerárquicos y carismáticos pertenece a la estructura de la experiencia cristiana, y son esenciales para testimoniar la fe en el mundo de hoy y para acometer la «nueva evangelización».

3. Nuevos carismas de evangelización

Para encarnar en el mundo de hoy estas enseñanzas magisteriales y conciliares que pueden parecer solamente teóricas, quiero señalar algunas formas o métodos de “nueva evangelización” que hoy están sirviendo para que muchas personas, provenientes de esta sociedad secularizada, se encuentren con un Cristo vivo a través de su Espíritu, y que les capacita y anima para testimoniar su fe en medio del mundo. Nombremos algunos ejemplos:

- *Cursillos de cristiandad*, gestado en España entre 1940 y 1949 en Mallorca, cuyo objetivo es hacer posible que el sujeto conozca y viva “lo fundamental cristiano” mediante el anuncio kerymático del acontecimiento de Cristo, “por la vía de la amistad” y del encuentro comunitario.
- *Alpha*, que es una forma de crear un espacio para que cualquier persona pueda empezar una relación con Jesús. Es un método de evangelización que nació hace unos treinta años en Londres, en un ambiente protestante, cuyo propósito es responder y provocar preguntas profundas desde el cristianismo (de ahí su signo de interrogación), con una dinámica particular

20 Juan Pablo II, *Mensaje a los participantes en el congreso mundial de los movimientos eclesiales*, 27 de mayo de 1998, 5; cf. también *A los movimientos eclesiales con motivo del II Coloquio internacional*, 2 de marzo de 1987.

- de formación, comida compartida y conversación en grupos, para llevar a la persona a una experiencia del Espíritu Santo. Su finalidad es anunciar el kerigma a los alejados de Cristo y de la Iglesia.
- *Emáus, Effetá, Bartimeo*. Los Retiros de Emaús, o Camino de Emaús como se conoce en algunos países, es un método de evangelización que nació hace más de 30 años por una directora de Educación Religiosa en Miami. Los retiros tienen su razón de ser en un pasaje del Nuevo Testamento de Lucas 24. Emaús es un apostolado parroquial impulsado por laicos de la comunidad, de acuerdo con el movimiento de la nueva evangelización que implica a los laicos en la Iglesia. Cuenta con el acompañamiento espiritual de sacerdotes de las parroquias. Su finalidad es llevar almas al encuentro con Cristo. Effetá y Bartimeo siguen el mismo esquema para fieles más jóvenes.
 - *Hakuna* es un método de evangelización que nace en España después de la Jornada Mundial de la Juventud de Río de Janeiro en 2013. A través de retiros, que llaman *God Stop* o *God Break*, de horas santas, y de otras actividades, tiene como finalidad llevar a las personas al encuentro con Cristo, con una especial importancia de la música como manifestación de la belleza de Dios. Proponen vivir la alegría del Resucitado, ser escandalosamente alegres.
 - *Proyecto de amor conyugal* es un método para matrimonios que comenzó en 2002, en España, que está basado en las catequisis de teología del cuerpo de san Juan Pablo II sobre el amor humano, y consiste en trabajar sobre tres pilares (fe, formación y vida) para recuperar el plan de Dios sobre el matrimonio y la familia. Esta recuperación debe realizarse de dentro a fuera, es decir, primero colaborar con el Espíritu Santo para que moldee nuestra relación conyugal, para después compartirlo y ayudar a otros matrimonios y familias. Por eso, este proyecto tiene espíritu misionero.
 - *Seminario de vida en el Espíritu*, que es una herramienta para la nueva evangelización centrada en una renovación del Espíritu Santo recibido en el Bautismo para encontrarse con un Cristo vivo y vivir con apertura a los dones y carismas del Espíritu. Propone seguir un camino de conversión profunda, rompiendo con la vida de pecado, obteniendo sanación interior y liberación. Se pretende que las personas descubran de nuevo el amor del Padre, lleguen a conocer la salvación y el señorío de Jesús, y son capacitadas para ser sus discípulos y testigos en el mundo, recibiendo entonces una efusión más profunda del Espíritu y sus dones.

Se podrían señalar otros métodos o carismas de evangelización, pero todos estos métodos participan de mayor o menor medida de esa dimensión carismática de la Iglesia, en cuanto que rejuvenecen o actualizan el mensaje del Evangelio y capacitan a muchas personas para dar testimonio de la fe en medio de la sociedad.

Encontramos algunas características que son comunes a estos nuevos carismas o métodos de evangelización:

- 1) Son *kerigmáticos*, vuelven a lo esencial, a los interrogantes fundamentales del ser humano, como sugiere Gaudium et Spes (cf. GS 10), iluminando la vida del hombre con el misterio pascual de Jesucristo.
- 2) Son *empáticos y existenciales*, teniendo la capacidad de interpelar a las personas y de impactar en sus vidas concretas y ordinarias: utilizan cartas, palancas, testimonios, dinámicas... Parten de lo concreto de la existencia del hombre.
- 3) Usan un *lenguaje actual y cercano*, siguiendo la condescendencia divina de la Revelación, que se adapta a la forma de comunicar del ser humano.
- 4) Uso de la “*via pulchritudinis*” (vía de la belleza) para transmitir la fe²¹. Suelen usar del ministerio de la música reconociendo la importancia de la belleza y de la afectividad para provocar el encuentro con Cristo.
- 5) Sitúan en el centro de su mensaje el descubrimiento de *Jesucristo Salvador*. Es Jesús el que sana el corazón y nos salva del pecado. En este sentido, merece la pena hacer referencia a un documento magisterial particular del Uruguay: la Carta Pastoral del cardenal Daniel Sturla, «*¡Devuélveme la alegría de tu salvación!*», en la que propone anunciar el misterio de Jesús que nos salva, recuperando el sentido integral de la salvación frente a la secularización²².
- 6) Finalmente, y no en menor medida, todos estos carismas y métodos de evangelización destacan por el protagonismo que dan al *Espíritu Santo*, que es el alma de toda acción evangelizadora.

Estas son algunas características, entre otras muchas, con las que algunos métodos de nueva evangelización procuran estar abiertos a los carismas del Espíritu Santo para actualizar y rejuvenecer a su Iglesia.

21 Dicasterio para la Cultura y para la Educación, *La via pulchritudinis, camino de evangelización y de diálogo*, Asamblea plenaria 2004, documento final.

22 Cf. Daniel Sturla sdb, *Carta Pastoral ¡Devuélveme la alegría de tu salvación!*, 3 de julio de 2021, publicada en *Soleriana* 43 (2022).

Por su parte, la Iglesia tiene el deber, a través de su ministerio jerárquico, que, recuerdo que proviene igualmente como un don del Espíritu Santo, de discernir la autenticidad de los carismas y de ordenarlos convenientemente para edificación de la Iglesia. Es ahí donde se ejercita satisfactoriamente la coesencialidad de los dones jerárquicos y carismáticos en la Iglesia.

Estos nuevos carismas o métodos de evangelización, y otros que no he nombrado por motivos de extensión, contribuyen positivamente a dar testimonio de la fe en la sociedad plural y secularizada de hoy. Por eso, se considera necesaria la apertura del ministerio jerárquico a la acción carismática del Espíritu, sin dejar de lado su labor de ordenación y discernimiento. La acción carismática del Espíritu en la Iglesia posee numerosos beneficios para la acción evangelizadora y, a la vez, encontramos algunos retos que afrontar desde el seno de la misma Iglesia, como pueden ser:

- El *acompañamiento* de esas personas que han tenido un encuentro con Jesucristo para que no pierdan ese encuentro inicial, sino que puedan profundizar en su relación con Jesús, especialmente a través del itinerario que propone el *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos*. En este sentido, me parece importante recordar cuatro puntos esenciales para ese crecimiento en la fe: el credo, los sacramentos, la vida de caridad y la moral, que son las cuatro partes del Catecismo de la Iglesia Católica (cf. CEC 13).
- *Formación permanente* para conocer más a fondo los misterios de la fe, adentrarse mistagógicamente en la liturgia de la Iglesia y poner en práctica las bienaventuranzas predicadas por Cristo.
- *Escuelas de oración* en la que los “encontrados” con Jesucristo puedan estar abiertos a la Palabra, puedan ser introducidos y entrenados para descubrir el desarrollo de la vida espiritual y puedan permanecer en unión de amor con Dios.
- Finalmente, la *maduración de la fe* frente al peligro de una excesiva dependencia afectiva en la vida espiritual. Es decir, la música, los testimonios y otros medios de empatía existencial, ayudan a provocar el encuentro con Jesús vivo, pero el cristiano puede apegarse indebidamente a este medio, que san Juan de la Cruz denominaba «golosina espiritual»²³, y terminar identificando a Dios con un estado afectivo de euforia o emoción. En este caso, es labor de la Iglesia y del carisma ministerial, la integración de la

23 Juan de la Cruz, *Obras Completas, Noche oscura del alma*, Libro primero, cap. 6, 6; y cap. 13, 3, (Burgos: Monte Carmelo, 1987), 256.

afectividad en el edificio espiritual del cristiano, y acompañar y ayudar a madurar la fe a esas personas a nivel espiritual, comunitario, misional y social.

4. Nuevas espiritualidades

Después de haber realizado este recorrido por algunos carismas que, actualmente, tienen la intención de ser una aportación a la nueva evangelización, relacionándolos con los dones jerárquicos de la Iglesia, parece conveniente tratar brevemente un tema de notable importancia: las nuevas realidades espirituales provenientes principalmente de Oriente²⁴. Me voy a referir a ellas principalmente como “*New Age*”. No voy a exponer este asunto de manera detallada, esta tarea excede los límites de esta exposición; pretendo relacionarlo con los carismas, la libertad del Espíritu y la necesidad de los dones jerárquicos y ministeriales para el discernimiento de las nuevas realidades espirituales y, más en concreto, en función de su conveniencia para transmitir la fe.

En la actualidad, numerosas personas, hijas e hijos de una sociedad secularizada, han orientado su búsqueda de espiritualidad hacia otras corrientes espirituales fuera de la Iglesia católica, especialmente en espiritualidades provenientes de Oriente²⁵. Estas personas, muchas veces, parece que se han olvidado de Dios, o les parece indiferente, quizás porque no han encontrado en la Iglesia eso que buscaban, o quizás porque buscaban una espiritualidad del bienestar separada de la cruz y de la entrega. Sin entrar a enumerar los motivos de esta búsqueda fuera de la espiritualidad cristiana, es un hecho que muchas personas buscan la trascendencia y una forma de interioridad sin un Dios personal y fuera de la Iglesia²⁶.

En este sentido, podríamos preguntarnos: ¿cómo saber si esa espiritualidad es correcta, camino a la verdad y que lleva a la plenitud? ¿Cómo saber qué proviene del buen espíritu y qué proviene del mal espíritu? ¿Cómo discernir qué elementos son verdaderos y qué elementos son erróneos e incluso peligrosos? ¿Cómo

24 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Orationis Formas, Carta a los obispos sobre algunos aspectos de la meditación cristiana*, 15 de octubre de 1989, 1.

25 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Orationis Formas...*, 1; Conferencia Episcopal Española, Comisión para la Doctrina de la Fe, «Mi alma tiene sed de Dios» (Sal 42, 3), *Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana*, 28 de agosto de 2019, nota 8.

26 Cf. Joseph Ratzinger, «Introducción a la carta “Orationis Formas”», *Sette e Religioni*, n.º 2 (1991): 266-71; también Conferencia Episcopal Española, Comisión para la Doctrina de la Fe, *Mi alma...*, n. 14.

saber si estas realidades espirituales son válidas y convenientes para testimoniar la fe? Es ahí, donde, creo que entra esa coesencialidad entre dones jerárquicos y carismáticos para los católicos, porque la Iglesia tiene la autoridad y la asistencia del Espíritu Santo para discernir la verdad que viene de Dios²⁷.

Hoy en día está de moda probar nuevas espiritualidades o ciertas formas de meditación trascendental o “métodos orientales”. Con frecuencia nos encontramos con establecimientos que anuncian Yoga, Zen, Reiki, meditación trascendental, constelaciones, etc. Estos métodos de meditación se han extendido porque muchas personas buscan un contrapeso frente a la agitación y el vacío existencial de una vida materialista y sin perspectiva trascendente. Se presentan como una medicina que, partiendo del interior del corazón, pretende curar al hombre, para liberarlo del estrés cotidiano y darle la paz interior. Como lo ha expuesto recientemente el Magisterio de la Iglesia en España: «Nuestro ritmo de vida, marcado por el activismo, la competitividad y el consumismo, genera vacío, estrés, angustia, frustración, y múltiples inquietudes que no logran aliviar los medios que el mundo ofrece para alcanzar la felicidad. En este contexto no pocos sienten un deseo acuciante de silencio, serenidad y paz interior»²⁸.

En primer lugar, lo que resulta fascinante de toda esta búsqueda es constatar la sed de trascendencia y espiritualidad que tienen numerosas personas de nuestra sociedad. Parece que el mundo de hoy se percata de que una vida materialista, consumista y superficial no satisface el corazón. Es posible que aporte ciertas satisfacciones momentáneas, pero luego produce insatisfacción e intranquilidad. Es ahí donde el hombre de hoy no se conforma con una vida mediocre, sino que busca por todas partes algo que dé sentido a su vida. Me parece fascinante comprobar, que en pleno siglo XXI, hay tantas personas que se interesan y buscan formas de espiritualidad, que le lleven a tener una vida interior, espiritual. Como enseñó Benedicto XVI en 2011:

El hombre lleva en sí mismo una sed de infinito, una nostalgia de eternidad, una búsqueda de belleza, un deseo de amor, una necesidad de luz y de verdad, que lo impulsan hacia el Absoluto; el hombre lleva en sí mismo el deseo de Dios. Y el hombre sabe, de algún modo, que puede dirigirse a Dios, que puede rezarle. Santo Tomás

27 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Orationis Formas...*, 3. Cf. también Joseph Ratzinger, «Introducción a la carta “Orationis Formas”», 266-271.

28 Conferencia Episcopal Española, Comisión para la Doctrina de la Fe, «Mi alma tiene sed de Dios», 1.

de Aquino, uno de los más grandes teólogos de la historia, define la oración como “expresión del deseo que el hombre tiene de Dios”²⁹.

Consecuentemente, se reconoce algo positivo en la crítica que la *New Age* dirige al materialismo, al reduccionismo que niega la realidad espiritual y sobrenatural, a una cultura de individualismo desenfundado que se despreocupa de los demás y del medio ambiente, etc. Por eso, en realidad, se puede plantear también como un desafío positivo para afianzarse en los fundamentos de la fe cristiana y acercarse a Jesucristo, que es el verdadero camino hacia la felicidad y el maestro por excelencia de la oración y la vida espiritual (cf. RH 6, 11, 12, 28). Así lo expresó el papa Francisco en 2021:

La práctica de la meditación ha recibido en estos años una gran atención. De esta no hablan solamente los cristianos: existe una práctica meditativa en casi todas las religiones del mundo. Pero se trata de una actividad difundida también entre personas que no tienen una visión religiosa de la vida. Todos necesitamos meditar, reflexionar, reencontrarnos a nosotros mismos, es una dinámica humana. Sobre todo, en el voraz mundo occidental se busca la meditación porque esta representa un alto terraplén contra el estrés cotidiano y el vacío que se esparce por todos lados. Ahí está, por tanto, la imagen de jóvenes y adultos sentados en recogimiento, en silencio, con los ojos medio cerrados... Pero podemos preguntarnos: ¿qué hacen estas personas? Meditan. Es un fenómeno que hay que mirar con buenos ojos: de hecho nosotros no estamos hechos para correr en continuación, poseemos una vida interior que no puede ser siempre pisoteada. Meditar es, por tanto, una necesidad de todos. Meditar, por así decir, se parecería a detenerse y respirar hondo en la vida³⁰.

5. Nuevas formas de espiritualidad y las semillas de verdad

Detengámonos un instante para intentar describir brevemente estas nuevas formas de espiritualidad, para localizarlas y diferenciarlas de los verdaderos carismas que suscita el Espíritu Santo para testimoniar la fe en el mundo secularizado de hoy. La *New Age* es un movimiento sincretista muy amplio que mezcla distintas filosofías, religiones e ideologías, sin ligarse a ninguna, y que pretende aparecer como un nuevo paradigma de la vida y de la espiritualidad, a través principalmente del conocimiento, de la gnosis, con aportaciones de la nueva psicología,

29 Benedicto XVI, *Audiencia general*, 11 de mayo de 2011.

30 Francisco, *Audiencia general*, 28 de abril de 2021.

de estudios pseudorreligiosos, de la astrofísica, y que busca un estado superior de conciencia para alcanzar un cierta paz y armonía con la energía cósmica. Dicho de manera coloquial, es como un “supermercado espiritual” en el que cada uno toma lo que quiere y deja lo que no quiere. En realidad, nos encontramos ante una nueva forma de esoterismo, de sincretismo, una mezcla de ideas y normas de distintas religiones e ideologías, sin comprometerse con ninguna³¹. En este sentido, poco hay de nuevo en la *New Age* porque es como una variante de los grupos gnósticos surgidos en los primeros tiempos del cristianismo, en los siglos II y III, que con tanta brillantez combatió Ireneo de Lyon³². Es un nuevo modo de gnosis, esa postura del espíritu que, en nombre de un profundo conocimiento de Dios, acaba por tergiversar su Palabra, sustituyéndola por palabras que son solamente humanas³³.

En medio de un mundo secularizado, aparece la *New Age* como una espiritualidad etérea que se nutre de las necesidades espirituales insatisfechas de este mundo “superindustrializado”, asume datos de las religiones orientales, huye de toda formulación doctrinal y apela vagamente a lo divino, a la armonía y a la paz del espíritu. Se fundamenta en el deseo del propio bienestar espiritual, del propio “yo”, al margen de todo sentido de alteridad, lo que provoca una extrema individualidad³⁴. El “yo” prima sobre el otro y se convierte en el absoluto. En el fondo, es una espiritualidad *light* para el hombre contemporáneo, que se encuentra vacío³⁵.

Y, reafirmando los dones jerárquicos de la Iglesia, nos podríamos preguntar: ¿qué dice la Iglesia sobre estas nuevas formas de espiritualidad? Podemos contestar que la Iglesia no habla directamente sobre estas realidades, porque su misión es la evangelización, hablar de Jesucristo y de la oración cristiana. Aun así, la

31 Cf. Paul Paupard, *Presentación del documento Jesucristo portador del agua de la vida, Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”*, 3 de febrero del 2003; también ver Luis Eduardo López Padilla, *New Age: ¿la religión del siglo XXI?*, (Ciudad de México: Centro de Formación, Educación y Cultura, 1995).

32 Cf. Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, SC 34, 302-306.

33 Cf. Consejo Pontificio de la Cultura y Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo portador del agua de la vida, Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”*, 2003, n. 3.4.

34 Cf. Joseph Marie Verlinde, *La experiencia prohibida*, (Madrid: Monte Carmelo, 2017).

35 Cf. Godfried Maria Jules Danneels, *Le Christ ou le Verseau?*, Carta Pastoral, Navidad 1990; Edward A. McCarthy, *The New Age Movement, Instrucción Pastoral*, 1992; Aidan Nichols, «The New Age Movement», *The Month*, March 1992, 84-89.

Iglesia lo menciona en relación con el diálogo interreligioso y cuando enseña sobre la oración propiamente cristiana³⁶.

En primer lugar, sobre el diálogo interreligioso, destaca la declaración *Nostra Aetate*, del Concilio Vaticano II, que afirma que la Iglesia no rechaza nada de lo que en las demás religiones hay de verdadero y santo.

La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, por más que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas (NA 2).

Es decir, la Iglesia nos enseña que en todas las culturas, filosofías y religiones del mundo se pueden encontrar semillas de la palabra, λόγος σπερματικὸς, “*semina verbi*”, en todo lo bueno, bello y verdadero que hay en ellas (cf. AG 11). Esta expresión, que se remonta a Justino Mártir³⁷, enriquece nuestra perspectiva a la hora de valorar positivamente lo bueno, bello y verdadero que se encuentran en todas las religiones, filosofías e ideologías de la historia, y que, incluso, pueden llegar a ser una «*praeparatio evangelica*» (una preparación al Evangelio) que nos preparen para descubrir la Verdad con mayúscula, que es Jesucristo (cf. LG 16-17). Como enseña el Catecismo, «todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres» (CEC 2556). La Iglesia nos enseña esta verdad de las “semillas del Verbo” para que valoremos lo bueno de todo lo que hay en el mundo, y nos muestra qué elementos son verdaderos, y qué elementos se deben purificar para llegar a la Verdad plena de Dios. Juan Pablo II lo expresó de la siguiente manera:

Las “semillas de verdad” presentes y operantes en las diversas tradiciones religiosas son un reflejo del único Verbo de Dios, “que ilumina a todo hombre” (Jn 1, 9) y que se hizo carne en Cristo Jesús (cfr. Jn 1, 14). Son, al mismo tiempo, “efecto del Espíritu de verdad que actúa más allá de los confines visibles del Cuerpo místico”.

36 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Orationis Formas...*, 4-9.

37 Cf. José Luis Moreno-Martínez, “*Semina Verbi*”: de san Justino al Vaticano II, *Dios en la palabra y en la historia*: XIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, edición dirigida por César Izquierdo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1993, 127-139.

(...) El Espíritu Santo no sólo está presente en las demás religiones a través de las auténticas expresiones de oración³⁸.

En esta búsqueda de nuevas espiritualidades encontramos algunos elementos verdaderos, que son muy interesantes, como pueden ser: el sentido de trascendencia y no vivir solo una vida materialista, el cultivo del mundo interior y la capacidad de recogimiento, el encuentro entre lo corporal, lo psíquico y lo espiritual en la práctica meditativa, la ecología y el cuidado del mundo que Dios nos ha dado, unas ciertas normas morales, el respeto por lo sagrado, etc³⁹. Es decir, encontramos “semillas de verdad”, pero también aparecen algunos elementos que se deben purificar porque son incompletos o incompatibles con la vida cristiana. Como formuló *Orationis formas*:

Con la actual difusión de los métodos orientales de meditación en el mundo cristiano y en las comunidades eclesiales, nos encontramos ante un poderoso intento, no exento de riesgos y errores, de mezclar la meditación cristiana con la no cristiana. (...) Proponen abandonar no sólo la meditación de las obras salvíficas que el Dios de la Antigua y Nueva Alianza ha realizado en la historia, sino también la misma idea de Dios, Uno y Trino, que es Amor, en favor de una inmersión en el abismo indeterminado de la divinidad⁴⁰.

En segundo lugar, el Magisterio de la Iglesia, cuando desarrolla el tema de la meditación cristiana, habla también de distintos métodos de meditación oriental, entre ellos el Yoga, que quizás es el más extendido hoy en día. En concreto, el documento *Orationis formas* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, firmado por el cardenal Ratzinger en el año 1989, enumera algunos de estos métodos orientales de meditación⁴¹. En este sentido, la Iglesia fomenta la oración cristiana y previene de los peligros y diferencias entre la oración cristiana y los otros métodos de meditación oriental. El cardenal J. Ratzinger, en la presentación de este documento, lo enunció de la siguiente forma:

¿Hasta qué punto pueden los métodos de meditación, que se originaron en religiones no cristianas (especialmente del Lejano Oriente), integrarse en la oración cristiana y hasta dónde se pueden llevar esas síntesis? La respuesta no tiene por qué entrar

38 Juan Pablo II, *Audiencia general*, 9 de setiembre de 1998.

39 Cf. Francisco, *Audiencia general*, 28 de abril de 2021..

40 Congregación para la Doctrina de la Fe, *Orationis Formas...*, 12.

41 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Orationis Formas...*, Nota 1.

necesariamente en la maraña de la casuística; ofrece al individuo mismo el criterio en cuestión. Todo y sólo aquello que se deja armonizar con la estructura fundamental de la oración cristiana puede ser aceptado: con su carácter personalista e histórico y con su dimensión social, es decir, con su orientación esencial al amor, al servicio diario de la vida cristiana. en la mitad del mundo. Esto significa ante todo una limitación de toda psicotecnia: ninguna técnica puede reemplazar el impulso de libertad que viene al encuentro de Dios. El elemento de libertad es insustituible. Las técnicas pueden asumirse en la medida en que ayuden al itinerario de libertad aquí descrito⁴².

Por consiguiente, apoyándonos en el Magisterio de la Iglesia, que en su dimensión jerárquica y ministerial tiene la asistencia del Espíritu Santo para discernir y guiarnos a la verdad plena, ofrecemos algunas diferencias que encontramos entre la espiritualidad católica y las nuevas espiritualidades que han resurgido en la actualidad. Principalmente vamos a fundamentarnos en tres documentos:

- La carta *Orationis Formas* sobre algunos aspectos de la meditación cristiana, de la Congregación para la Doctrina de la Fe del año 1989⁴³.
- El documento *Jesucristo, fuente del agua de la vida*, una reflexión sobre la “Nueva Era”, del Consejo Pontificio de la Cultura y del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso del año 2003⁴⁴.
- La nota doctrinal *Mi alma tiene sed del Dios vivo (Sal 42, 3)*, con algunas orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana, de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española del año 2019⁴⁵.

6. Discernimiento de las nuevas espiritualidades

Por tanto, después de haber valorado positivamente algunos elementos de estas nuevas espiritualidades, vamos a señalar algunos elementos que pueden servir de ayuda para discernir sobre la veracidad y conveniencia de estos nuevos métodos de meditación. En concreto, siguiendo el Magisterio, vamos a indicar diez elementos que pertenecen a la *New Age* y que no parecen compatibles con la espiritualidad de aquellos que buscan la plenitud de su vida espiritual a través

42 Ratzinger, *Introducción...*, 266-271.

43 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Orationis Formas...*, n. 6-18.

44 Cf. Consejo Pontificio de la Cultura y Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo...*, 4.

45 Cf. Conferencia Episcopal Española, Comisión para la Doctrina de la Fe, *Mi alma...*, 3-14.

de Jesucristo y en su Iglesia⁴⁶. Nos interesa, de manera particular, diferenciar aquellos carismas provenientes del Espíritu Santo que nos llevan a testimoniar la fe en medio del mundo de aquellos elementos espirituales que difieren de la fe católica.

1) Para estas nuevas espiritualidades, Dios es una fuerza cósmica impersonal, una energía inmanente en el mundo que debe ser utilizada para nuestros intereses; y debemos buscar a Dios en lo hondo de mi «yo». En cambio, en la concepción cristiana, Dios es un ser personal, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador del cielo y de la tierra, y se da a conocer a los hombres, por lo que somos capaces de responderle, conocerle y amarle más allá de lo que seríamos capaces por nuestras propias fuerzas. La realidad de un Dios personal nos permite un encuentro con Él. Como lo expresó J. Ratzinger:

El encuentro entre Dios y el hombre no es simplemente estar frente a mi yo con un Tú del mismo nivel. El Tú de Dios es trinitario, es en sí mismo un círculo de amor, en el que la identidad y la alteridad se funden plenamente. Encontrar a Dios significa, por tanto, ser arrastrado al círculo trinitario. (...) Esto significa: nos convertimos en “Trinitarios” por el hecho de que junto con el Hijo nos convertimos en un solo nuevo Yo; Vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (cf. Ga 12, 20)⁴⁷.

2) Jesucristo, para estas nuevas espiritualidades, es un sabio, un iniciado o una especie de avatar, una mezcla extraña de ser pseudodivino, un maestro entre otros muchos. En cambio, para la tradición cristiana, Jesucristo es el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, el Salvador del mundo, es el único camino para llegar al Padre.

En este sentido, cabe señalar que en las nuevas espiritualidades, muchas veces, se invocan energías y espíritus. Este tema de la invocación de espíritus hay que tenerlo muy en cuenta porque es un aspecto peligroso que puede abrir la puerta a influencias del espíritu maligno. La invocación de espíritus lesiona el primer mandamiento de la Ley de Dios, como establece el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

Todas las prácticas de magia o de hechicería mediante las que se pretende domesticar potencias ocultas para ponerlas a su servicio y obtener un poder sobrenatural sobre el prójimo —aunque sea para procurar la salud—, son gravemente contra-

46 Cf. Consejo Pontificio de la Cultura y Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo...*, 4.

47 Ratzinger, *Introducción...*, 266-271.

rias a la virtud de la religión. Estas prácticas son más condenables aún cuando van acompañadas de una intención de dañar a otro, recurran o no a la intervención de los demonios. Llevar amuletos es también reprehensible. El espiritismo implica con frecuencia prácticas adivinatorias o mágicas. Por eso la Iglesia advierte a los fieles que se guarden de él. El recurso a las medicinas llamadas tradicionales no legítima ni la invocación de las potencias malignas, ni la explotación de la credulidad del prójimo (CEC 2117).

3) El ser humano, para estas nuevas espiritualidades, es divino, se reinventa a sí mismo y parte de una sola humanidad. Es decir, las personalidades individuales serían supeditadas a la categoría de humanidad abstracta, sin nombre y sin rostro. En cambio, en el enfoque cristiano, el ser humano es una criatura creada a «imagen y semejanza de Dios» (Gen 1, 27), con su propia individualidad y personalidad, porque cada ser humano es único para Dios. En el cristianismo, el cosmos es para el hombre y no el hombre para el cosmos. Por otro lado, no somos Dios, somos hijos de Dios⁴⁸.

4) Estas nuevas espiritualidades pregonan la autosalvación: se afirma que el ser humano se salva a sí mismo por el conocimiento (gnosis) o por la liberación de energías interiores. Raniero Cantalamessa, refiriéndose a estas formas de espiritualidad o psicología de lo profundo, explica que estas no buscan salvar al alma del pecado, sino que «la salvación está en la auto-revelación, en la manifestación del hombre y de su psique por lo que es; la salvación está en la autorrealización»⁴⁹.

Para los cristianos, en cambio, la salvación no es una experiencia del «yo», ni una inmersión dentro de uno mismo y del absoluto, sino que la salvación es un don de Dios al que nosotros tenemos que corresponder luchando por intentar ser mejores cada día, porque participamos de la pasión, muerte y resurrección de Cristo (cf. GE 36-46). Como escribió san Agustín: Dios, «que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti»⁵⁰. La salvación, en la perspectiva cristiana, no se consigue por la propia realización, sino que somos salvados por Dios: Jesucristo es el «Salvador del mundo» (Jn 4, 42)⁵¹.

48 Cf. José Ignacio Munilla, *Mística cristiana vs. ¿mística natural?, ¿Es compatible el yoga con el cristianismo?*, Charla pronunciada en la parroquia del Sagrado Corazón de San Sebastián, 16 de diciembre de 2016: <https://www.enticonfo.org/2016/12/16/mistica-cristiana-natural/>

49 Raniero Cantalamessa, *La vida en Cristo*, (Madrid: PPC, 1998), 44-45.

50 Agustín de Hipona, «*Sermón 169*», 11, 13. Traducido por Pío de Luis Vizcaíno, OSA. Acceso el 22 de junio de 2023. <https://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/index2.htm>

51 Cf. Bernard Sesboüé S. J., *Jesucristo, el único mediador, Ensayo sobre la redención y la salvación*, Tomo I, (Salamanca: Secretariado Trinitario, 1990), 21-31.

La finalidad de estas nuevas espiritualidades consiste en la fusión con la naturaleza y con el absoluto, diluirse en el todo de la energía cósmica⁵². En cambio, el fin de la meditación cristiana es la comunión en el amor con un Dios personal, una participación de la vida intratrinitaria de Dios, es vivir en unión con Dios a través del conocimiento y del amor.

5) En estas nuevas espiritualidades subyace un relativismo. No existe una verdad universal, sino que se trata de que cada uno encuentre su propia verdad en función del bienestar. El cardenal J. Ratzinger lo expresó de la siguiente manera: «el relativismo, es decir, dejarse “llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina”, parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos»⁵³.

En la doctrina cristiana, Jesucristo se presenta como «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6), y nosotros, por la fe, aceptamos la verdad revelada por Dios en Cristo. Continuamos citando al cardenal J. Ratzinger explicando, ahora, la verdad cristiana:

Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el hombre verdadero. Él es la medida del verdadero humanismo. (...) En Cristo coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden. La caridad sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como «címbalo que retíne» (1 Co 13, 1)⁵⁴.

6) En estas nuevas espiritualidades, la oración y la meditación consisten, fundamentalmente, en una introspección psicológica, un auto-vaciamiento a través de técnicas físicas y psicológicas para alcanzar el silencio y la interioridad, para profundizar en la propia persona. Lo describe bien R. Garrigou-Lagrange:

La conversación íntima del egoísta consigo mismo conduce así a la muerte y no es vida interior. Su amor propio lo lleva a pretender hacerse centro de todo, a reducir todo a sí, las personas y las cosas; y como esto es imposible, pronto cae en el desen-

52 Cf. James Manjackal, *El Yoga en la filosofía y en la práctica es incompatible con el cristianismo*: <https://www.jmanjackal.net/esp/esp-yoga.htm>. Ver también Brad Scott, «Exercise or Religious Practice? Yoga», *The Watchman Expositor* 18, n.º. 2 (2001): 5-13.

53 Joseph Ratzinger, *Homilía en la Santa Misa «pro eligendo pontifice»*, 18 de abril de 2005.

54 Joseph Ratzinger, *Homilía en la Santa Misa «pro eligendo pontifice»*, 18 de abril de 2005.

canto y el disgusto; se hace insoportable a sí y a los demás, y termina aborreciéndose, por haber querido amarse sin medida⁵⁵.

La oración cristiana, en cambio, consiste en un diálogo de amor, en un encuentro con Dios. Las técnicas de introspección pueden ser una preparación para la oración, pero nada más, porque la oración cristiana lleva al encuentro con Dios Padre a través de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Como enseña *Jesucristo portador del agua de la vida*:

Todas las técnicas de meditación necesitan purificarse de la presunción y de la ostentación. La oración cristiana no es un ejercicio de contemplación de sí mismo, quietud y vaciamiento de sí, sino un diálogo de amor, que implica una actitud de conversión, un éxodo del yo del hombre hacia el Tú de Dios. Conduce a un sometimiento cada vez más completo a la voluntad de Dios, mediante el cual se nos invita a una solidaridad profunda y auténtica con nuestros hermanos y hermanas⁵⁶.

7) En estas nuevas espiritualidades no existe un verdadero concepto de pecado, «sino más bien un conocimiento imperfecto. Lo que se necesita para realizarse uno mismo es iluminación, que puede alcanzarse mediante particulares técnicas psicofísicas⁵⁷. La *New Age* «cede a la presunción de la auto salvación y termina por promover un desarrollo deshumanizado» (CiV 12), e incluso llega a concebir a Jesucristo como un vehículo, el medio instrumental para que el hombre alcance la auto salvación. No existiría la categoría de pecado.

En la perspectiva cristiana, el pecado es una realidad que se refiere a un abuso de nuestra libertad y constituye una ofensa a Dios⁵⁸. Como enseña el Catecismo: «El pecado es una falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes. El pecado es una ofensa a Dios» (CEC 1847-1848). R. Cantalamessa se refirió al pecado de manera más alusiva: «El pecado ataca (...) la misma raíz de las cosas, es un obstaculizar la verdad, un intento por retener la

55 Réginald Garrigou-Lagrange, *Las tres edades de la vida interior, Preludio de la del cielo*, (Buenos Aires: Descleé de Brouwer, 1949), 46-47. Ver también Tomas de Aquino, *Suma Teológica*, II IIae, q.25, a.7.

56 Consejo Pontificio de la Cultura y Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo...*, 3.4.

57 Cf. Consejo Pontificio de la Cultura y Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo...*, 3.4.

58 Cf. Paul Heelas, *The New Age Movement. The Celebration of the Self and the Sacralization of Modernity*, Oxford (Blackwell) 1996, 161.

verdad haciéndola cautiva de la injusticia. Es algo mucho más oscuro y terrible de lo que el hombre puede imaginar o decir»⁵⁹. Sin pretender generar un excesivo temor, la enseñanza cristiana recuerda la realidad del pecado y la necesidad de redención.

8) Algunos autores de estas nuevas espiritualidades ven el sufrimiento como algo impuesto sobre el yo, un mal karma o un fallo en el dominio de nuestros propios recursos que no tienen sentido y que hay que eliminar a toda costa. Se trataría de una espiritualidad sin cruz, que pretende evitar a toda costa el dolor y el sufrimiento.

La creencia cristiana, por el contrario, sostiene que el sufrimiento, no querido por Dios, pero permitido porque respeta nuestra libertad, ha quedado redimido. Por tanto, nuestros sufrimientos, unidos a los de Cristo, pueden tener un valor de redención (cf. Col 1, 24). La vida espiritual cristiana no desea el sufrimiento, pero lo acepta e intenta transformarlo en una «oportunidad para un amor más grande»⁶⁰. Es una espiritualidad con cruz como camino hacia la resurrección, es decir, hacia la felicidad de la salvación. En palabras de Benedicto XVI: «Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito» (SS 37).

9) En estas nuevas espiritualidades se busca una autopromoción, una realización del “yo”, muchas veces olvidándose de los demás y eludiendo el compromiso social. Sin descartar la posibilidad de que algunas personas que practican estas nuevas espiritualidades realicen obras de justicia social, se puede afirmar que la solidaridad o la misericordia no aparecen como una consecuencia necesaria, porque lo importante consiste en que uno mismo encuentre su equilibrio y armonía con el cosmos.

En cambio, en el cristianismo, el fruto de la fe y de la oración debe ser la caridad y las obras de misericordia con el prójimo. Porque como dice el apóstol Santiago: «La fe sin obras está muerta» (St 2, 17). Benedicto XVI enseñó en *Caritas in veritate* que «el amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel. (...) Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación» (CiV 20.31). Es decir, en

59 Raniero Cantalamessa, *La vida...*, 39.

60 Brian Kolodiejchuk y Madre Teresa. *Ven, sé mi luz*, (Barcelona: Planeta, 2008), 391.

el cristianismo, las obras de misericordia y el ejercicio de la caridad constituyen realidades esenciales e ineludibles, y manifiestan la belleza del amor de Cristo⁶¹.

10) Sobre el futuro, estas nuevas espiritualidades creen que una nueva era está amaneciendo y que el cristianismo debe ser eliminado y dejar paso a una religión global y a un nuevo orden mundial. En la *New Age* se espera que, a través de un fatalismo astrológico, pasemos de la Era piscis (la cristiana) a la Era de Acuario (del aguador) y, entonces, el mundo se inundará de paz y de gozo, dando lugar a una nueva era.

En la perspectiva cristiana, en cambio, se sostiene una escatología en la que Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es soberano, e invita a la vigilancia en el amor, porque el futuro y el fin del mundo llegará con la segunda venida de Jesucristo en gloria, en la Parusía, que realizará un juicio sobre las naciones, en el que «los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación» (Jn 5,29). Para el cristianismo, cuando llegue el fin del mundo, Jesucristo, el Hijo del Hombre, bajará de entre las nubes del cielo, rodeado de toda su gloria, con el eterno poder de Dios. Entonces, será el apocalipsis, el fin del mundo, pero la victoria final será de Jesucristo glorioso que triunfa sobre el mal, que establecerá «los cielos nuevos y la tierra nueva» (2 Pe 3,13; Is 65,17).

Estos diez elementos que nos ofrece el Magisterio de la Iglesia constituyen una ayuda eficaz para reconocer la dimensión carismática de la pneumatología eclesial y para discernir aquellos elementos que proviene de otras espiritualidades y que pueden ser incompatibles con la fe católica y, por tanto, no convenientes para testimoniar la fe.

De igual forma, para discernir sobre las nuevas espiritualidades es necesario atender también a los frutos, siguiendo el consejo del Señor en el Evangelio: «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,16). Puede ayudar considerar que estos frutos deben cumplir tres condiciones. Primero, que ese fruto haga aumentar el amor a Dios y a los demás y no solo la armonía con uno mismo. El criterio del doble precepto de la caridad es el primer criterio de validez⁶². Segundo, que ese buen fruto persevere en el tiempo, es decir, que se mantenga y no sea solo un parche temporal. Y, tercero, más importante, que todos esos frutos buenos se encaminen al mayor fruto, al mayor bien de nuestra vida, que es la salvación. Por eso, hay

61 Adolphe Tanquerey, *Compendio de teología ascética y mística*, (Madrid: Palabra, 2002), 652-658.

62 Cf. Conferencia Episcopal Española, Comisión para la Doctrina de la Fe, *Mi alma...*, 32..

que alegrarse por los buenos frutos materiales, pero supeditarlos a la salvación⁶³. Sobre la forma en la que realizar el discernimiento, escribió J. Ratzinger:

El criterio de validez de la oración cristiana radica en esto, que conduce al amor, al amor indisoluble de Dios y del prójimo. Al respecto, me viene a la mente una hermosa frase de las Homilias de Gregorio Magno sobre Ezequiel: “En toda la Escritura Dios nos habla sólo para esto, para atraernos al amor a nosotros mismos y al prójimo” (Lib. 1, hom. 10, 14). Este es también el criterio para juzgar cada meditación y cada exégesis de la Escritura. La meditación cristiana no es un retiro íntimo y privado, sino que como adiestramiento en el éxodo de superación a uno mismo es el camino del amor y por tanto tiene una dimensión social fundamental⁶⁴.

Conclusión

En conclusión, nos encontramos en un momento histórico particular en el mundo, también para la Iglesia, en el que Dios parece haber sido olvidado y en el que la Iglesia se esfuerza por buscar nuevas formas de llegar al hombre de hoy. Esta sociedad secularizada, postmoderna y gobernada, en gran medida, por la dictadura del relativismo, hace difícil el testimonio de una fe revelada que es objetiva y propone una verdad. Aun así, vemos cómo la acción constante y renovadora del Espíritu Santo no falta en su Iglesia que quiere comunicar a Jesucristo que dice de sí: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6). El Espíritu rejuvenece constantemente a su Esposa con dones y carismas que actualizan permanentemente el anuncio del mensaje del Evangelio. Hemos expuesto cómo esos dones carismáticos se complementan y son coesenciales con los dones jerárquicos y ministeriales, haciendo posible la acción del Espíritu en verdad y con perspectiva eclesial. Además, se han señalado algunos ejemplos de testimonios de la fe y evangelización del mundo de hoy, indicando algunas ventajas y algunos retos.

Por otro lado, nos hemos referido a una nueva corriente de espiritualidad que trata de responder a esa sed de trascendencia de un hombre superficial y materialista, enumerando algunas diferencias con la espiritualidad católica y la plenitud de la verdad que proporciona el Espíritu Santo presente en su Iglesia.

63 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Orationis Formas...*, 10.

64 Cf. Ratzinger, *Introducción...*, 266-271.

De esta forma, reconocemos la necesidad de dar respuesta a los grandes interrogantes del hombre moderno y secular, y miramos con esperanza al futuro, procurando estar abiertos a la acción del Espíritu Santo, con sus dones y carismas, que nos capacita para llevar a muchas personas al encuentro con Cristo y a formar parte de la familia de Dios, que es la Iglesia. Es decir, es el mismo Espíritu el que enriquece a la Iglesia con dones jerárquicos y carismáticos, para discernir la verdad y llevarnos a plenitud.

Para terminar, traigo a colación unas palabras del papa Francisco en la homilía pronunciada el 11 de octubre de 2022 con motivo del 60º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, que son una oración de súplica a Dios para que podamos transmitir la fe en medio del mundo de hoy, como nos pidió el Concilio: «Señor, enséñanos a mirar alto, a mirar la Iglesia como la ves Tú. Y cuando seamos críticos y estemos insatisfechos, recuérdanos que ser Iglesia es testimoniar la belleza de tu amor. Te damos gracias, Señor, por el don del Concilio»⁶⁵.

Recapitulando, considero que testimoniar la fe en la sociedad actual secularizada es un reto no menor y que exige un esfuerzo particular, pero, a la vez, es un desafío que nos ilusiona porque todo el mundo tiene derecho a descubrir el amor de Dios revelado en Jesucristo, y nos llena de esperanza saber que contamos con la Iglesia, fundada por Jesucristo, que posee la dimensión jerárquica y ministerial que nos asegura caminar en la verdad. Juntamente con la Iglesia, contamos también con la acción del Espíritu Santo que, con sus carismas, rejuvenece y actualiza la labor evangelizadora de su Iglesia.

Finalizo esta exposición agradeciendo a Dios Padre por habernos concedido su Espíritu por su Hijo Jesucristo, porque él nos guía a la verdad plena y nos capacita para testimoniar la fe en el mundo de hoy.

Agradezco a la directiva de la facultad la invitación a participar en estas jornadas teológicas, y quedo a la disposición de las sugerencias y preguntas de los asistentes.

A Dios sea dada toda la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Bibliografía

Benedicto XVI. *Audiencia general*, 11 de mayo de 2011, El hombre en oración (II).

⁶⁵ Francisco, *Homilía*, 11 de octubre de 2022.

- . Carta Encíclica «*Caritas in veritate*», 29 de junio de 2009.
- . Carta Encíclica «*Spe Salvi*», 30 de noviembre de 2007.
- . *Discurso a la curia romana*, 22 de diciembre de 2005.
- . *Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid 2011*, 6 de agosto de 2010.
- Cantalamesa, Raniero. *Como la estela de una nave, Horizontes para una nueva evangelización*. Madrid: Palabra, 2012.
- . *La vida en Cristo*. Madrid: PPC, 1998.
- Catecismo de la Iglesia Católica*, 11 de noviembre de 1992.
- Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta Iuvenescit Ecclesia*, sobre la relación entre los dones jerárquicos y carismáticos para la vida y misión de la Iglesia, 15 de mayo de 2016.
- . *Orationis Formas, Carta a los obispos sobre algunos aspectos de la meditación cristiana*, 15 de octubre de 1989.
- Concilio Vaticano II, *Constitución Pastoral Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual*, diciembre de 1965.
- . *Constitución Dogmática Lumen Gentium sobre la Iglesia*, 21 de noviembre de 1964.
- . *Declaración Nostra Aetate, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas*, 28 de octubre de 1965.
- . *Decreto Ad gentes, sobre la actividad misionera de la Iglesia*, 7 de diciembre de 1965.
- Conferencia Episcopal Española, Comisión para la Doctrina de la Fe. «Mi alma tiene sed de Dios» (Sal 42, 3), *Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana*, 28 de agosto de 2019.
- Consejo Pontificio de la Cultura y Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo portador del agua de la vida, Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”*, 2003.
- Danneels, Godfried Maria Jules. *Le Christ ou le Verseau?*, Carta Pastoral, Navidad 1990.
- Dicasterio para la Cultura y para la Educación, *La via pulchritudinis, camino de evangelización y de diálogo*, Asamblea plenaria 2004, documento final.
- Forte, Bruno. *La transmisión de la fe*. Cantabria: Sal Terrae, 2014.
- Francisco, *Audiencia general*, 28 de abril de 2021, Catequesis 31. La meditación.

- . Carta Encíclica «*Lumen Fidei*» sobre la fe, 29 de junio de 2013.
- . *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*, 24 de noviembre de 2013.
- . *Exhortación Apostólica Gaudete et Exultate, sobre la llamada a la santidad en el mundo actual*, 19 de marzo de 2018.
- . *Homilía*, del 11 de octubre de 2022, con motivo del 60 aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II.
- Heelas, Paul. *The New Age Movement. The Celebration of the Self and the Sacralization of Modernity*, Oxford (Blackwell) 1996.
- Juan Pablo II, *A los movimientos eclesiales con motivo del II Coloquio internacional*, 2 de marzo de 1987.
- . *Audiencia general*, 9 de setiembre de 1998.
- . Carta Encíclica «*Redemptor Hominis*», 4 de marzo de 1979.
- . *Mensaje a los participantes en el congreso mundial de los movimientos eclesiales*, 27 de mayo de 1998.
- Juan de la Cruz. *Obras Completas. Noche oscura del alma*. Burgos: Monte Carmelo, 1987.
- Juan XXIII. *Carta Apostólica Oecumenicum Concilium*, 28 de abril de 1962.
- Käsemann Ernst. *Ensayos exegéticos*. Salamanca: Sígueme, 1998.
- Kolodiejchuk, Brian. *Madre Teresa. Ven, sé mi luz*. Barcelona: Planeta, 2008.
- Garrigou-Lagrange, Réginald. *Las tres edades de la vida interior, Preludio de la del cielo*. Buenos Aires: Desclé de Brouwer, 1949.
- León XIII. *Carta Encíclica Divinum Illud Munus*, 9 de mayo de 1897.
- López Padilla, Luis Eduardo. *New Age: ¿la religión del siglo XXI?*. Ciudad de México: Centro de Formación, Educación y Cultura, 1995.
- Manjackal, James. *El Yoga en la filosofía y en la práctica es incompatible con el cristianismo*: <https://www.jmanjackal.net/esp/esp/psyoga.htm>.
- Moreno-Martínez, José Luis., “*Semina Verbi*”: *de san Justino al Vaticano II, Dios en la palabra y en la historia*: XIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, edición dirigida por César Izquierdo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1993.
- Munilla, José Ignacio. *Mística cristiana vs. ¿mística natural?, ¿Es compatible el yoga con el cristianismo?*, Charla pronunciada en la parroquia del Sagrado Cora-

- zón de San Sebastián, 16 de diciembre de 2016: <https://www.enticonfio.org/2016/12/16/mistica-cristiana-natural/>
- McCarthy, Edward A. *The New Age Movement*, Instrucción Pastoral, 1992.
- Nichols, Aidan. «*The New Age Movement*», *The Month*, March 1992.
- Paupard, Paul. *Presentación del documento Jesucristo portador del agua de la vida, Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”*, 3 de febrero del 2003.
- Pikaza, Xabier y Nereo Silanes. *Los carismas en la Iglesia*, Presencia del Espíritu Santo en la historia. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1998.
- Ratzinger, Joseph. *Introducción a la carta “Orationis Formas”*, en la revista “Sette e Religioni”, n. 2, 1991.
- . *Homilía en la Santa Misa «pro eligendo pontifice»*, 18 de abril de 2005.
- Agustín de Hipona, «*Sermón 169*». Traducido por Pío de Luis Vizcaíno, OSA. Acceso el 22 de junio de 2023. <https://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/index2.htm>
- Cipriano, *A Donato*, 3-4. Traducido por Juan Antonio Gil Tamayo. *Obras completas de san Cipriano de Cartago I*, Madrid: BAC, 2013.
- Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, SC 34, 302-306.
- Tomas de Aquino, *Suma Teológica*. Acceso el 23 de junio de 2023, <https://hjc.com.ar/sumat/c/c25.html#a7>
- Sesbouïé, Bernard. S. J. *Jesucristo, el único mediador, Ensayo sobre la redención y la salvación*, Tomo I. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1990.
- Scott, Brad. «Exercise or Religious Practice? Yoga», *The Watchman Expositor* 18, n.º 2 (2001).
- Sturla, Daniel, SDB. «Carta Pastoral ¡Devuélveme la alegría de tu salvación!», del 3 de julio de 2021, publicada en *Soleriana* 43 (2022).
- Tanqueray, Adolphe. *Compendio de teología ascética y mística*. Madrid: Palabra, 2002.
- Verlinde, Joseph Marie. *La experiencia prohibida*. Madrid: Monte Carmelo, 2017.